

Protestantismo y catolicismo ante la economía moderna



FALSAMENTE se afirma que fue el protestantismo quien dio el impulso a la economía moderna. Y concretamente se asegura que el calvinismo fue el que desarrolló el capitalismo industrial y comercial, creando las condiciones del auge económico que hemos visto en Europa en estos últimos siglos, independientemente del impacto social negativo que este desarrollo moderno pudo tener en bastantes países fomentando el pauperismo y la alienación social.

El autor de esta teoría fue Weber, seguido por el protestante Troelsch y por el católico Fanfani. Pero un buen economista actual, Kurt Samuelsson, ha echado por tierra definitivamente tales afirmaciones demostrando que esa teoría es pura especulación sin fundamento histórico ni económico.

Parece hoy cierto que la postura negativa de la Iglesia contra la usura no fue totalmente cerrada a un módico interés y no se puede afirmar, por tanto, su oposición total a la moderna economía europea. En el siglo XIII los teólogos católicos —y entre ellos Santo Tomás— habían establecido la teoría justificadora de un pequeño interés del dinero, debido al "daño emergente" y al "lucro cesante", pudiéndose pedir una ganancia moderada cuando existía alguno de esos "títulos extrínsecos" al dinero mismo. Lo que nunca podía ser motivo de lucro era el dinero por el dinero, ya que éste no era considerado directamente productivo, sino solamente un símbolo y una ayuda económica al particular o al comerciante. Y el hecho es que esta "nueva concepción del interés había surgido en la práctica antes de la Reforma protestante". Contra la tesis usual de que Calvino fue su promotor, la verdad es que "el enfoque de Calvino no difería —entonces— tanto del de muchos escritores católicos", asegura Samuelsson.

Además, y esto se debe a la rígida postura católica, "el ascenso del capitalismo, especialmente del capitalismo industrial, no estuvo asociado a las altas tasas de interés, sino a la bajas. La opinión tradicional católica coincidía con los autores protestantes al considerar el interés, sobre todo cuando era demasiado elevado, como un mal moral".

Antes de Lutero y de Calvino "los Países Bajos y los distritos Septentrional y Occidental de Alemania habían mostrado una actividad económica muy brillante, al menos durante tres-

cientos o cuatrocientos años... También la hubo en Inglaterra mucho antes de Enrique VIII... Y en Holanda el calvinismo no prevaleció hasta bien entrado el siglo XVII... En Suiza, la prosperidad de este país, ¿se debió a la Reforma?... Mucho antes de la Reforma, Suiza poseía una vida comercial muy desarrollada". Y el primer impacto económico del protestantismo fue negativo porque "la Reforma, provocando una escisión en la fe religiosa y destruyendo el sentido de solidaridad que el catolicismo había dado a todo el mundo occidental, tuvo un efecto dilatorio en la internacionalización de los negocios".

La conclusión de Samuelsson, después de analizar datos históricos exhaustivos, es que no hay correlación entre puritanismo y desarrollo económico, como se había dicho por Weber, ni siquiera de una manera tan clara entre fe religiosa y actividad económica. Son complejos los factores que influyeron en el desarrollo económico de Europa en la Edad Moderna, y hasta hace un siglo este desenvolvimiento experimentó altos y bajos complicados que impiden llegar a una conclusión correlativa simplista. Hay muchos críticos contra la postura weberiana, que identifican calvinismo con desarrollo económico europeo, como, por ejemplo: Rachfahl, W. Sombart, L. Brentano, Ashley, R. H. Tawney, II, M. Robertson, J. B. Kraus y T. S. Ashton. Según ellos, no se ve clara la influencia del calvinismo en la economía moderna; y algunos llegan incluso a invertir el problema, encontrando raíces económicas para los cambios religiosos experimentados por el cristianismo en la Edad Moderna.

El estudio de nuestra economía española puede ayudar a entender la influencia positiva del antiguo catolicismo para la economía medieval en nuestro país, y el fracaso económico que comenzó con Carlos V y Felipe II al ir olvidando los sabios conceptos contra el espejismo del dinero que había sustentado nuestra Iglesia medieval. En el Medievo hubo un fuerte desarrollo industrial, superior al promedio de Europa, que empezó a cambiar a fines del siglo XV y durante el siglo XVI cuando sufrimos un error económico mayúsculo: el de sobrevalorar el metal precioso en sí, el dinero de entonces, como asegura Keynes que ocurrió entre nosotros. Ese desenfoco español de hace cuatro siglos, centrando nuestra economía en una

política monetaria, igual que hizo Salazar en el Portugal reciente y hasta ahora lo ha repetido nuestro Gobierno en España, fue la que nos llevó entonces al caos económico y hoy nos puede llevar igualmente a él.

El único remedio a corto plazo —independiente de los anhelos que tengamos de un nuevo sistema a largo plazo— es replantear actualmente el problema, inspirándonos en las opiniones mantenidas por el catolicismo tradicional sobre el interés modernado del dinero, y no permitir una presión inflacionaria sobre el comercio, la agricultura y la industria exagerando esta ganancia que ayer tuvo su máxima expresión en la Bolsa y hoy la tiene en el crédito.

Basta recorrer unos datos históricos, hoy bien conocidos, para hacernos reflexionar seriamente y volver a las ideas tradicionales católicas sobre el módico interés, o a las modernas posturas sobre el de economistas como Keynes que propugna lo mismo. En el siglo XI, la Iglesia consideraba usurario un interés del 12 por 100. Los Montes de Piedad en los siglos XV y XVI admitían el 4 y 5 por 100. Y cuando se subió este interés, el Papa San Pío V obligó a bajarlo. Más tarde, el Papa Inocencio XI lo redujo al 4 por 100. Y en el siglo XVIII, el moralista padre Zech hablaba de ser lícito solamente el 4 ó 5 por 100, y el Papa Benedicto XIV toleró ese 4 por 100 en la práctica, sin adoptar ninguna tasa oficial en su famosa encíclica "Vix pervenit", en la que resumió la doctrina moral católica sobre el dinero y los frenos eclesiásticos al interés.

Esta postura católica tradicional, en la que deberíamos inspirarnos para frenar el desbordamiento actual, la resume hace casi un siglo el sociólogo padre Vicent así: "Sólo es lícito exigir por el préstamo un interés moderado". Y lo es sólo cuando existen unos "títulos externos" que demuestren que el dinero no es totalmente estéril; pero si perdiera esta nueva faceta económica y fuese diferente de la actual, en otro sistema económico como muchos propugnan, nunca sería lícito pedir interés alguno por el dinero. ■